

## BRETON DE LOS HERREROS

(DON MANUEL).

Don Manuel Breton de los Herreros, el mas fecundo y popular de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, en diciembre de 1800. Hizo sus primeros estudios en Madrid bajo la direccion de los padres escolapios de San Antonio Abad, y sirvió despues en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Colocado entonces en el ramo de hacienda, y encargado de la secretaría de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia, defendió en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad hasta en sus últimos atrincheramientos. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton consagrado al culto de las musas y mas particularmente al estudio y práctica de la literatura dramática, dando ejemplo de aplicacion y laboriosidad, no obstante el rigor de la censura y lo aciago de aquella década.

En 1824 dió á la escena su primera obra dramática, la comedia en tres actos titulada *A la vejez, viruelas*, que habia compuesto á los diez y siete años de edad, y cuyo éxito tan feliz como merecido le animó á seguir escribiendo para el teatro, con una constancia y sobre todo con una fecundidad que raya en los límites de lo maravilloso. Y en efecto, si hubieramos de enumerar todas las composiciones dramáticas con que ha enriquecido nuestra escena desde aquella época hasta nuestros dias, seria menester citar los títulos de *ciento treinta* por lo menos, entre originales, refundiciones del teatro antiguo y traducciones del italiano y frances, mas ó menos libres.

Las que mas celebridad le han dado son: la ya citada, *A la vejez, viruelas*; — *Los dos sobrinos*; — *El ingenuo*; — *A Madrid me vuelvo*; — *La falsa ilustracion*; — *Marcela*, ó *¿A cuál de los tres?* — *Un tercero en discordia*; — *Un novio para la niña*, ó *La casa de huéspedes*; — *El hombre gordo*; — *Todo es farsa en este mundo*; — *Me voy de Madrid*; — *Muérete ¡y verás!*... — *Una de tantas*; — *Ella es él*; — la tragedia *Mélope*, y los dramas *Elena* y *Don Fernando el Emplazado*. Entre sus traducciones la mas notable que recordamos es la que hizo de *Los hijos de Eduardo* de M. Casimiro Delavigne, traduccion que tiene todo el mérito de una composicion original.

En 1831 publicó un tomo de poesías sueltas, y en diferentes épocas sus celebradas sátiras contra el *Furor filármonico*; — *En defensa de las mugeres*; — *Contra los vicios introducidos en la decla-*

*macion teatral*; — *El carnaval*; — *Contra la mania de escribir para el público*; y *Contra la hipocresia*, sin contar otros opúsculos menos conocidos, y un sin número de artículos de literatura y de costumbres, letrillas y composiciones sueltas publicadas en diferentes periódicos, mereciendo particular mencion la serie de letrillas políticas que dió á luz en el periódico *la Abeja*.

El señor Breton es bibliotecario de la Nacional de Madrid, é individuo de la Academia Española.

## DISCURSO DE ACCION DE GRACIAS

A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Leído al tomar posesion de la plaza de socio honorario en la sesion del dia 15 de junio de 1837.

ESCELENTÍSIMO SEÑOR :

Si en este momento, de sumo gozo aunque de harta confusion para mi, hubiera de espresar mi voz el sentimiento que apenas podrá manifestar preparada mi tosca pluma, trémulo y balbuciente el labio no lograria articular un acento; que la gratitud, cuando es tan profunda y sincera como la mia, hace sonrojarse y enmudecer al hombre mas elocuente: ¿qué será cuando la haya de mostrar quien, como yo, carece del precioso don de la palabra? Mi natural timidez habria de ser mayor en presencia de una corporacion por tantos títulos respetable; la misma benevolencia con que se digna de premiar mis pobres méritos admitiéndome en su seno me cubriria de rubor, anudaria mi lengua, y aumentaria mi tribulacion el recelo de parecer ingrato.

¡No plegue al cielo que merezca yo jamas esa infame nota! Si incapaz de agradecimiento fuese mi corazon, digno seria yo de acabar mis dias en la adversidad, cuyo aciago rostro aprendí á conocer, por dicha mia, desde la adolescencia. Por dicha mia, si; que á haberse deslizado entre comodidades y deleites los primeros años de mi trabajada juventud, quizá no hubieran vertido tantas lágrimas mis ojos, pero tampoco me hubiera desvelado el consolador afan de ganar amigos que de buen grado las enjugasen. Hoy me cansaria ya tal vez la existencia carcomida por el hastio, humillada por el intimo conocimiento de mi nulidad, y estragada acaso por los vicios. Mi nombre sonaria apenas, fuera del hogar doméstico, en algun corrillo de ahumado café y en los registros de la policia. Si totalmente no yace en triste oscuridad, ¡merced al saludable abandono en que la suerte me puso cuando pudieron serme provechosas las lecciones del mundo; merced á la precision



en que temprano me vi de beneficiar mis recursos intelectuales, bien que limitados, bien que desvalidos; merced á los consejos desinteresados y á la cordial proteccion de generosos amigos; merced, en fin, hasta al abatimiento y al desamparo en que ha gemido nuestra literatura! Está última reflexión podrá parecer una paradoja, pero no lo es ciertamente. Una vez consagrado al culto de las musas, ó con bastante constancia para arrostrar las amarguras y privaciones inherentes á la profesion de escritor en España, ó arrastrado tal vez por algun móvil secreto, que yo no llamaré fatalidad, fuéme forzoso redoblar mas y mas mis tareas y velar una y otra noche, supliendo con mi laboriosidad la pequeñez de mi ingenio. Asi logré que el público perdonase benigno mis defectos; sea por no tomarse la molestia de examinarlos, en fuerza de ser tantos y tan frecuentes, sea porque desarmase su critica la buena fe con que en obsequio suyo pulsaba yo incesante mi ruda lira, cuando otras mucho mas doctas callaban desdeñosas ó desalentadas.

Esta infatigable laboriosidad, con la cual suele adquirir reputacion de afluente é inspirado poeta el que en realidad no es ni lo uno ni lo otro, es sin duda, señores, la cualidad que habeis querido recompensar en mi. Yo, á lo menos, solo de ella osiré blasonar como literato, porque seria demasiado petulante si llamase ciencia á mis cortos conocimientos y genio creador á mi perseverancia en el trabajo.

Temblaria, por lo mismo, al considerar que la constante práctica del insigne cuerpo que me ha favorecido con sus sufragios me impone el arduo deber de anunciarme disertando sobre algun punto literario; pues, aun eligiendo el que esté mas á mis alcances, mi desaliñado discurso ha de revelar desde luego mi falta de criterio y de erudicion. Me anima, empero, la indulgencia que ya me ha dispensado esta sabia corporacion, y que seguramente no negará á una tarea nueva para mí. Por otra parte, yo estoy lejos de presumir que la Academia haya menester el auxilio de mis pocas luces: al contrario; vengo á saludarla codicioso de sus consejos; y en prueba de que los necesito y cordialmente los imploro, perdonadme, señores, que os ofrezca este bosquejo.

Espondré mis ideas acerca de si es necesario, ó no, el ornato de la versificacion para los dramas, especialmente para la *comedia*, y discurriré sobre los metros que mas se adaptan á este género de poemas. Protesto que escribo con desconfianza del acierto, y por tanto será breve mi discurso. Tenga siquiera esta recomendacion.

Yo creo, señores, que los dramas se deben escribir en verso. Asi lo hicieron los poetas griegos y romanos de cuyas obras escénicas se tiene noticia. En verso vieron la luz pública los primeros ensayos de nuestros dramáticos en la edad media. El gran Cervantes, mejor prosista que versificador, no juzgó conveniente sin embargo el privar de la rima á sus producciones dramáticas; tampoco re-

nunciaron á ella Lope de Vega, Calderon, Tirso de Molina, ni ninguno, en fin, de los célebres escritores que dieron tanto esplendor á la escena española; igual práctica siguieron los autores de segundo orden que la abastecieron despues. Hasta los últimos años del siglo anterior no vieron dramas en prosa nuestros teatros, á escepcion de algunos entremeses de Lope de Rueda, cuyo sistema de dialogar en prosa para entretener al público no tuvo otros imitadores que Juan de Timoneda, Alonso de la Vega y algun erudito traductor de Séneca ó de Terencio.

Recordando Moratin en sus *Origenes del teatro español* los diálogos prosaicos de Lope de Rueda, se lamenta de que nuestros autores dramáticos no acertaran á seguir este nuevo camino. Yo tengo en mucha estima los ensayos de aquel discreto sevillano, á quien podemos considerar como el fundador de nuestra escena, y venero como es justo la opinion del que en nuestros dias la restauró purgándola, con la doctrina y el ejemplo, de la torpe semilla que sobre ella prodigaron los Zavalas y los Comellas. Creo, no obstante, que el dictámen de un Calderon, de un Rojas, de un Moreto y de tantos otros esclarecidos ingenios no es de menos peso y autoridad. Si con sus diálogos en prosa pretendió Rueda establecer una escuela, lo cual es para mí muy dudoso, ¿quién no aplaudirá una defeccion que ha producido dramas como *El desden con el desden*, *García del Castañar* y *La dama duende*? Algunos aislados ejemplos, pocos de ellos felices, no han de prevalecer contra la práctica de mas de tres siglos, atestiguada con tantos millares de comedias, cuya versificacion, casi siempre fluida y amena, no embarazó por cierto á sus autores para dar á los diálogos movimientos y soltura; que si muchas veces prestaban á los interlocutores un lenguaje poco conveniente á su carácter, á su estado y á sus intereses, no lo hicieron constreñidos por el imperio de la rima; culpa fué de la mania culterana, que llegó á cundir demasiado, y de la facilidad con que aquellos mimados poetas, seguros del aura popular, se abandonaban á la lozania de su imaginacion.

Pero me dirán que si el teatro debe ser una imitacion de la vida, aquel drama cuya distribucion, cuya estructura, cuyo lenguaje se aproximen mas á la verdad será sin duda el mejor. Con efecto; la verosimilitud es la primera regla, no solo para esta clase de poemas, sino para todas las artes de imitacion: negar este axioma seria una heregia literaria; pero la verosimilitud teatral ha de tener ciertos limites como todo lo humano. Nunca se propuso, ni puede proponerse un autor dramático trasladar á la escena las catástrofes de la edad pasada ó los vicios de la presente tales como la historia los cuenta y la observacion los aprende. El talento y el buen gusto hallan medios de embellecer la misma verdad sin desfigurarla; no es poeta quien no acierta á hacerlo así; la conveniencia social lo exige; el público ilustrado lo agradece. La misma prosa empleada en una comedia no carece de artificio; no es el lenguaje







- Seraf.* Sois un grosero.  
*D. Roq.* Es verdad.  
*Seraf.* Sois un prolijo.  
*D. Roq.* Tambien.  
*Seraf.* (A parte.) ¡Que se vaya y no lo sienta!  
 No os vais. Oid.  
*D. Roq.* No me iré.  
*Seraf.* ¿Yo soy hermosa?  
*D. Roq.* Si sois.  
*Seraf.* ¿Y os parezco bien?  
*D. Roq.* Muy bien.  
*Seraf.* ¿Y me querreis si os premiare?  
*D. Roq.* Como á mi vida os querré.  
*Seraf.* ¿Sereis constante?  
*D. Roq.* Si soy.  
*Seraf.* Pues ahora que yo sé  
 Que me quereis, idos luego.  
*D. Roq.* Haccisme mucha merced.

Pregunto yo ahora : ¿ pudo resignarse á escribir escenas en prosa quien con tal gracia y tal desenfado las supo versificar ?

Los teatros modernos, me replicarán, no carecen de buenas comedias en prosa. *El si de las niñas* de Moratin, *el Avaro* de Moliere pasan por obras maestras. — No seré yo quien les dispute ese título; mas como no hay obra humana, por buena que sea, que no pudiera ser mejor, yo no dudo que una y otra valdrian mas si sus autores las hubieran escrito en verso. *Le Festin de Pierre*, produccion tambien de Moliere, escrita igualmente en prosa, fué en los teatros de Paris la menos afortunada entre muchas imitaciones que en el siglo de Luis XIV se hicieron de nuestro *Convidado de piedra*. Cayó pronto en el olvido, de que eternamente se librarán *les Femmes savantes*, *VÉcole des Maris*, *VÉcole des Femmes*, *le Misanthrope*, *le Tartuffe*; todas versificadas. *Le Festin de Pierre* se reprodujo en la escena despues de la muerte de aquel grande ingenio, sin otra alteracion que haberse puesto en verso la prosa de Moliere por Tomas Corneille, poeta de inferior categoria, y desde entonces se representa frecuentemente con aplauso. ¡Prueben á mejorar *le Tartuffe* todos los escritores del mundo, despojándole de la rima!

Un drama cuyo espectáculo sea imponente y suntuoso, aquel en que se agiten altos intereses públicos, ó se pongan en juego vehementes pasiones y recios combates entre la virtud y el crimen, puede sostenerse sin el auxilio del verso, porque lleva consigo la fábula otros alicientes, bien que ninguno tan poderoso; pero la comedia propiamente llamada así, esto es, aquella que tiene por objeto el atacar con las armas de sazónada y culta sátira ciertos vicios sociales que no entran en la esfera de los delitos, retratando caracteres y costumbres que cada día observamos, ha de ser forzosamente poco ambiciosa en sus miras, muy sencilla en sus formas, y mas atenta á captarse la benevolencia del espectador por la viva agudeza del diálogo y por la armonia del lenguaje que por lo ruidoso y tremendo de su accion. Sin el prestigio de la historia,

sin el socorro de la maquinaria, sin el boato de numeroso y abigarrado acompañamiento, el poeta cómico queda abandonado á si mismo y en la necesidad de ostentar todos los recursos de su imaginacion que al fin propuesto sean aplicables.

¿Cómo negar que un chiste, un rasgo de carácter, una máxima importante, se graban mejor en el ánimo del auditorio con el halago de la rima? Y este mismo halago ayuda á la memoria y al arte del actor, teniendo ademas la ventaja de no permitirle ingerir, por distraccion ó por petulancia, palabras de su cosecha que martiricen al poeta y comprometan su reputacion.

De lo que dejo apuntado y desenvolveria mas latamente, á permitirlo los limites de este discurso, resulta en mi humilde concepto que la versificacion podrá no ser indispensable, pero es de suma conveniencia para el drama, y especialmente para la comedia.

En cuanto al metro que mas convenga á este género de composiciones, tengo tambien la desgracia de no estar completamente de acuerdo con algunos de nuestros modernos preceptistas. Ordenan estos que las comedias se escriban precisamente en romance octosilabo, porque dicen que es el que menos se aleja de la prosa; hay quien solo admite una asonancia para el romance de todo el drama, otros permiten que en cada acto se varíe el asonante, y así se ha hecho mientras ciegame se ha obedecido en ese punto á la autoridad de razones mas especiosas que fundadas. Yo mismo, si me es lícito recordar mis imperfectos trabajos, he pagado mas de una vez tributo á la costumbre establecida, pero confieso que estoy algo pesaroso de mi docilidad, y mi pesar no es obra del capricho, sino del convencimiento.

La lectura de los dramáticos españoles y mi propia esperiencia me han hecho ver que, si bien es verdad que el romance se presta al diálogo mas que otro género cualquiera de versificacion, porque no suele dividirse en estrofas y porque solo consueñan las vocales de sus versos pares, tambien es cierto que esta media rima cuando se prolonga mucho en la misma clave se percibe mas de lo que conviene y llega á fatigar por su monotonia. *Eo, eo, eo...* quinientas ó mas veces repetido, sin tregua y siempre en lugar determinado, produce al fin un sonsonete fastidioso y, si han de evitarse repeticiones molestas, las palabras asonantadas, que en la primera escena se agolpan á la pluma del poeta, se hallan con pena en las siguientes, y mas cuando se hace uso de romances con rima aguda, ú otros cuya construccion no es tan fácil como la del que acabo de insinuar. Ciertos metros de rima entera ofrecen la ventaja de variarla con frecuencia, ya que su armonia es mas pronunciada. Con ellos, aunque á primera vista parezcan mas difíciles, corre menos peligro el poeta de espesarse impropiamente, porque uno ó dos consonantes, combinados á placer, ocurren mas bien que un asonante nuevo y forzado despues de cuatrocientos.

Si examinamos nuestro teatro del siglo XVII, veremos que son



muchos los metros aplicables al diálogo, particularmente entre los de arte menor, y que variados con discrecion y oportunidad dan á la comedia un atractivo que ni el romance ni otro alguno exclusivamente empleado le pueden comunicar. Hay algunos, y es ocioso el nombrarlos, que nunca, ó muy rara vez deben tener cabida en un drama; ya porque constan de largas y artificiosas estancias, ya porque la colocacion de sus rimas y la especialidad de sus cadencias las hacen demasiado cantables. A tal escena puede convenir una clase de versos mejor que otra, y en esta materia ni es hacadero ni entra en mi propósito el fijar reglas: quede libre al estudio y al instinto poético de cada autor; pero si se consultase mi insignificante voto sobre los metros mas generalmente adaptables al drama, y sobre todo, al drama cómico, diria que el romance y la redondilla, libremente alternados, son preferibles á los demas, cuidando de no emplear ambos dentro de una misma escena.

Podria acumular citas para probar que la redondilla, sobre ser mas grata al oido que el romance, no le cede en flexibilidad para plegarse á toda clase de asuntos, y que no en vano se hizo tan frecuente su uso en el siglo de oro de nuestro teatro. Por no estenderme demasiado me limitaré á copiar algunos trozos, y la Academia, mucho mas versada en la patria literatura que yo, el último de sus individuos por todos conceptos, conocerá que no he necesitado detenerme mucho para encontrar ejemplos.

Véase en la comedia de Alarcon *la Verdad sospechosa* una conversacion sobre asuntos de mero interes doméstico seguida en redondillas con tanta naturalidad como pudiera haberse hecho en prosa. Habla *don Beltran* con su hijo, el embustero *don Garcia*, á quien supone casado en Salamanca.

(Sigue la escena II del acto III de la citada comedia.)

Los sentimientos caballerescos y el tono grave y sentencioso no se amoldan menos al metro de que hablamos. Moreto lo atestigua en este diálogo entre *el rey don Pedro* y el hidalgo *don Rodrigo*, afrentado por *el ricohombre de Alcalá*, en la comedia de este título; escena muy conocida, pero tan hermosa, que no resisto al placer de leerla.

(Sigue la escena III del acto II de la espresada comedia.)

Las escenas de galanteria, que son las mas comunes en la comedia, parece que requieren mas que otra alguna la voluble gentileza de la redondilla.

(Sigue en comprobacion una hermosa escena de Montalvan, en la comedia *Cumplir con su obligacion*.)

Por último, señores, no hay situacion, no hay afecto que los padres de nuestra escena no hayan pintado con igual maestria valiéndose de esta bella forma de versificacion. Verdad es que para

imitarlos se necesita ser tan poeta como ellos, y que para componer comedias en versos desabridos, escabrosos y atestados de ripios y sandeces, mas vale escribirlas en prosa: mejor diré; mas vale no escribir comedias.

Si quisiera señalar tambien ejemplos de escenas infelices por mal versificadas, desgraciadamente no me faltaria de dónde tomarlos; pero muy mal visto seria, señores, que yo censurase ajenos defectos cuando he menester toda vuestra indulgencia para los míos.

#### UNA NARIZ.

— ¿Permites que me siente junto á tí, serranita?

— Con mucho gusto. Y te agradezco que prefieras mi lado al de tantas bellezas como brillan en el salon. ¿Me conoces por ventura?

— No, hasta ahora no; y es muy posible que me suceda lo mismo aunque te quites la careta. Pero ¿qué importa? Esta noche podemos empezar á conocernos y á tratarnos, si tú quieres. Los conocimientos que se hacen en un baile de máscaras no suelen ser los peores.

— Tambien suelen dar terribles petardos.

— No seré yo quien te lo niegue, que algunos he llevado; pero...

— Y algunos habrás dado tambien.

— No. Poco puede engañar quien acostumbra á presentarse en todas partes, sin esceptuar los saraos de carnaval, con su cara descubierta.

— En efecto; tú no tienes porqué ocultarla, y no de todos los hombres se puede decir lo mismo.

— Gracias, amable serrana. ¿Me conoces, segun eso?

— Sí, de vista. Me han dicho que eres poeta. ¿Quieres hacerme versos?

— Te los haré, si lo deseas, porque siempre me he preciado de complaciente con las damas; pero sepa yo primero tu nombre.

— Atribúyeme cualquiera: Filis, Laura, Filena; uno que te parezca poético. Yo no te he de decir el mio verdadero, sino el primero que me ocurra; con que mas vale que tú propio lo finjas á tu gusto.

— Pero sin ver, al menos, el rostro cuyas perfecciones he de ensalzar, sin conocer al dulce objeto de mis inspiraciones...

— ¿Eso dice un poeta? A vosotros, que vivis siempre en las ilimitadas regiones de lo ideal, ¿qué falta os hace la presencia de los objetos de vuestro culto? Yo, por mi parte, no fio tanto de mi cara, ni me parece tan estéril tu imaginacion, que me aventure á descubrirme.



— Verdad es que los poetas, ya que en su número me quieres contar, solemos pasear nuestro espíritu por los espacios imaginarios; pero no nos alimentamos solo de ilusiones, y de mí sé decirte que en materia de placeres estoy y estaré siempre por lo positivo.

— ¿Y qué placer puedes tú prometerte de ver mi cara?

— El de admirarla si es bonita como presumo; el de adorarte....

— ¡Siempre teneis la adoracion en la boca! Mereceriais los poetas que os desterrasen de toda república cristiana y bien constituida.

— ¿Porqué, bien mio?

— Si decis lo que siente vuestro corazón, por idólatras impios; y si lo contrario, por embusteros. Haces bien en venir sin careta. Los poetas no la necesitais para mentir. Siempre estais de máscara.

— Si eso es cierto, con mucho gusto acepto por mi parte una cualidad que tanto me asemeja al bello sexo.

— ¿Tan fingidas somos las mugeres?

— Si, mascarita. En cuanto á eso, no podeis decir que os acusan los hombres sin fundamento; pero es preciso confesar al mismo tiempo que la desconfianza y la tiranía de los hombres ocasiona vuestra falta de sinceridad, y que vuestras ficciones son por lo general muy dignas de indulgencia porque os obliga á ellas el mismo deseo de agradarnos. ¿Pero es posible que no he de verte la cara?

— No puede ser. *El deseo de agradarte* me aconseja que conserve careta.

— Tu conversacion me encanta, y cada palabra aviva mas mi justa impaciencia de conocerte.

— ¿Acaso has necesitado verme la cara para suponerla llena de perfecciones? ¿No me llamaste de buenas á primeras *dulce objeto de tus inspiraciones*? Créeme; tu interes y el mio se oponen al acto de condescendencia que solicitas. Mientras permanezca tapada, estoy segura de oír en tu boca frases lisonjeras, á que tal vez no estoy acostumbrada. Si desaparece de mi rostro el protector cendal, ¡á Dios ilusion! La yerta cortesania, la adusta seriedad sucederán á los elogios, á los requiebros, á la tierna adhesion con que, sino engreida, me tienes á lo menos divertida y contenta.

— Esa modestia es para mí la prueba mas evidente de tu mucho mérito.

— Si; ya que carezca de otro, tengo el mérito de ser modesta.... Digo mal: de ser sincera.

— A poder yo confundirte con el vulgo de las mugeres, no me costaria ahora mucho trabajo el creerte. El carnaval no es otra cosa que el reverso de la medalla del mundo, y sin duda las damas á la sombra del tafetan, que parece convidarlas á mentir, fingen menos que con su propia cara. ¡Tienen tan pocas ocasiones de decir

la verdad impunemente!... Pero tú.... Tú no eres fea: lo puedo jurar. A fuerza de errores y desengaños he llegado á adquirir cierto tacto, cierta pericia en punto á calificar máscaras. No me equivoco así como quiera. ¡Oh! ¡tengo yo buena *nariz*! (Al decir esto advertí en mi interlocutora un movimiento como de sorpresa ó de disgusto. Me figuré que habia sonado mal á sus oídos una frase tan vulgar y me apresuré á disculparme por no haberme espresado con la cultura que ella merecia; pero riéndose mi serrana y apretándome la mano me manifestó con suma finura que perdonaba de buena gracia un *lapsus lingue* de tan poca trascendencia, y yo continué: ) — Solo por una cosa sentiria que te desmascarases.

— ¿Porqué?

— Porque ya no me seria licito hablarte como á una serrana, como á una máscara. ¿No es un dolor el haber de renunciar á esta cariñosa familiaridad, á este delicioso *tuteo* que permiten los bailes de carnaval? Ahora te hablo como se hablan los amigos íntimos, los hermanos, los esposos, ¡los amantes!

— Pues, y si cometo la indiscrecion de quitarme la careta, te faltará tiempo para levantarte y apenas podrás articular un tibio y desapacible: *á los piés de usted*.

— ¡Qué gusto de mortificarme! ¿Me juzgas tú capaz de semejante desatencion? Quiero suponer por un momento que eres fea, horrible. ¿Te despojarías con la careta que me está desesperando de los atractivos de tu conversacion, de esa voz que me hechiza, de esa afabilidad que me cautiva, de esa gracia que me embelesa? ¿Cómo puede parecer mal una muger con tales dotes? Si tu cara es fea, yo te lo perdono.

— Mira lo que dices. ¿Serás tú mas indulgente que los demas hombres? ¿Estarás menos dominado que ellos por el amor propio? La fealdad es para vosotros el mayor crimen de una muger.

— O yo soy de otra especie, ó tú calumnias á los hombres, serranita. Desata, si no, esa carátula envidiosa de mi dicha, y verás cómo, lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposicion. ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No veo yo la mórbida elegancia de tu talle? ¿No estrecho en la mía tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pié donoso y pequeñuelo? ¿No me revela mayores hechizos la palpitacion de ese pecho celestial? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos encantadores? Esas trenzas de ébano que forman tan bello contraste con la animada blancura de tu garganta, ¿de quién son sino tuyas? ¿Tan mal sé yo sortear los movimientos de tu cabeza que no haya visto ya sonreír delectosa tu boca divina?

— Pues con todos esos primores que tanto encareces, te aseguro que soy una vision y que has de horripilarte si me descubro.



— ¡Oh, que no! ¡Si es imposible.... Tu cuerpo, tus facciones....

— ¿Las has visto todas?

— Puedo decir que sí. La *nariz* es lo único... (Aquí me interrumpió con una carcajada.) ¿Te ries? ¿Eres acaso... *roma*?

— O *Cartago*. ¿Qué sé yo?... No te empeñes en averiguarlo.

— No; no es posible que una *nariz* anómala y heterogénea desluzca el grato conjunto de tantos atractivos. Y sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con esa boca, con esos ojos, con esas formas incomparables, ... yo te permito que seas chata ó narigona.

— ¡Imprudente!

— ¡Ea, descúbrete! Salga el sol para mí á las dos de la mañana.

— ¡Temerario!

— ¿Me obligarás á que te lo ruegue de rodillas? ¿Me espondrás á ser la irrisión del baile?

— Basta: bien. ¡Tú lo quieres! Me vas á ver sin máscara. ¡Que hayamos de ser tan débiles las mugeres!... Pero, á lo menos, no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

— ¿Eso mas? ¡Oh gloria! ¡Oh ventura! ¡Envidiadme, mortales! ¡Dadme la lira, o musas! En este momento soy Pindaro, soy Tirteo....

— En este momento eres un insensato.

— ¡Qué rabia! No acierto á desatar este nudo.... Lo cortaré.... ¡Ah! Ya está. ¡Herme....

No pude concluir el vocablo; tal fué mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror. ¡Qué *nariz*! ¡Qué *nariz*!! ¡Qué *nariz*!!! No hubiera creído que la naturaleza fuese capaz de llevar á tal extremo el pleonismo, la hipérbole, la amplificación. El soneto de Quevedo:

Érase un hombre á una nariz pegado...

sería pobre y descolorido para pintarla. Aquella no era *nariz* humana. Aquello era una remolacha, un alfanje, un guardacanto, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! Y dicen que nuestra patria se está regenerando! ¿Pues cómo se consienten todavía *tamaños abusos*? Si es justo condenar todo lo que se oponga á la marcha lenta, pero progresiva, de nuestras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo *exagerado*, ¿cómo no se da una ley contra la *exageración* de las *narices*?

En medio del horror que me causaba aquella funesta mutación de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increíbles esfuerzos para proferir algunas frases de galantería.... ¡Imposible! Si hubiera yo tenido delante de mí un espejo, estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mía, la serrana, que sin duda habia aprendido á resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella, se reía muy de buena fe, no sé si de mi conflicto ó de sí propia. Esto me dió ánimo para levantarme con pretexto de ir á saludar á un amigo, y sin osar mirarla otra vez me despedí con un seco y displicente: *á los piés de usted*.

El rubor daba alas á mis piés; la cólera me cegaba; me faltaba tierra para huir; tropezaba en muebles, en personas, en mí mismo, y me hubiera marchado á mi casa, sin esperar el coche ni rescatar la capa, á no haberme escitado la misma pesadumbre que tenia un hambre tan desaforada... como la *nariz* á cuya sombra anocheció mi alegría. Volé pues al *ambigú*; me apoderé de una mesa, atrebaté la lista, pedí lo que mas pronto me pudieran traer; comí, no ya con apetito, con ira, de cuatro platos diferentes, y ya me iban á traer el quinto, cuando he aquí que se sienta enfrente de mí... ¡justicia divina!... la misma serrana, ó por mejor decir, la misma *nariz* que poco antes me habia horrorizado. Mi primer impulso fué levantarme y correr, pero la chusca serrana me dejó petrificado diciéndome con una dulzura infernal:

— ¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme á cenar?

Yo me turbé como un necio.... y la *nariz* se reía, y por mi desgracia no se reía el galán que la acompañaba, que lo hubiera celebrado por poder desahogar contra él mi furor.

— Señora....

— No le haré á usted mucho gasto. Un vaso de ponche á la romana, y nada mas.

Semejante descaro me picó vivamente y resolví vengarme mofándome de ella.

— Tendré muchísimo gusto en obsequiar á usted, señorita, pero temo que esa *nariz* usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted la *careta*, no sé cómo....

— Claro está. No habia de beber con ella. Me la quitaré.

— ¿Cómo!... ¿Qué dice usted?... Pues....

En esto, echó mano á su *nariz* y... ¡se la arrancó!!!

¡Pecador de mí! Era postiza, era de *carton*, y quedó descubierta la suya verdadera, no menos agraciada y perfecta que las demas facciones de su cara.

¿Cómo pintar mi vergüenza, mi desesperación al ver tan preciosa criatura y al recordar la ligereza, la descortesía, la iniquidad de mi conducta? Iba á pedirle mil perdones, á llorar mi error, á besar postrado el polvo de sus piés; pero la cruel dió el brazo á su pareja, me desconcertó con una mirada severa, y desapareció diciéndome friamente: *Beso á usted la mano*.